

Mons. Romero: “Padre de los pobres”. Un beato muy incómodo

Rodolfo Cardenal S. J.*

Palabras claves

Mons. Romero, beatificación, Iglesia salvadoreña, profecía, martirio, teología de la liberación, comunidades eclesiales de base

Resumen

El entusiasmo por la beatificación de Mons. Romero es incapaz de ocultar que el arzobispo mártir es un beato muy incómodo para ciertos sectores sociales salvadoreños. Esa incomodidad ha conducido al Gobierno y a cierto sector eclesiástico a crear dos mitos, uno nacionalista y el otro espiritualista, que lo hagan aceptable. El gran desafío que plantea Mons. Romero es su dimensión profética, la razón última de su martirio. Su fidelidad al Dios de Jesús y a su reino lo llevó a la profecía, y esta al martirio.

* Director del Centro Monseñor Romero y catedrático del Departamento de Teología, UCA.

Una de las razones por las cuales, aparentemente, el martirio de Mons. Romero ha tardado más de tres décadas en ser reconocido oficialmente por la Iglesia es el temor a que contribuyera a dividir aún más a la sociedad y a la Iglesia salvadoreña. El presupuesto es que debía ser motivo de unidad; al menos, que su beatificación fuera aceptada sin aumentar la división y no fuera cuestionada. Por eso, mientras la autoridad eclesiástica pensó que el arzobispo era bandera de una izquierda presuntamente revolucionaria, socialista o comunista, se resistió a declararlo mártir; en parte, para no provocar la protesta de la derecha neoliberal, por lo general católica o, al menos, afín a la jerarquía eclesiástica; y en parte, para no dar nuevo impulso a la teología de la liberación, al movimiento de las comunidades eclesiales de base, a la Iglesia de los pobres, etc.

La intención aparente fue evitar la polémica que, sin duda, suscitaría una beatificación cuestionada por el ordenamiento neoliberal y por cierto sector de la Iglesia salvadoreña, un peligro que no se presenta cuando el creyente llega a los altares muchas décadas e incluso siglos después de su muerte. Pero entonces, por lo general, ya no interpela a la sociedad ni a la Iglesia. Así, pues, el proceso de beatificación fue detenido con diversos pretextos. Cuando estos se agotaron, llegó a la sede del obispo de Roma el actual papa Francisco, que no ha dudado de la santidad de Mons. Romero, y la presión social, o el consenso eclesial, *sensus fidelium*, en sentido teológico estricto, ya era demasiado amplio e intenso como para continuar ignorándolo más tiempo.

No obstante los denodados esfuerzos eclesiásticos, el reconocimiento formal del martirio de Mons. Romero no ha contribuido a superar la división de la sociedad ni tampoco, al menos en cierto sentido, la de la Iglesia salva-

doreña. Hubo obispo que no solo prohibió hablar de él en su diócesis, sino que también se opuso abiertamente a la beatificación e, incluso, difamó al arzobispo en presencia de Juan Pablo II¹. Más recientemente, otro ha firmado a regañadientes la carta en la cual la conferencia episcopal solicita formalmente al papa la beatificación. Algunos párrocos borraron murales de los presbiterios y de las fachadas de los templos, donde figuraban Mons. Romero y el P. Rutilio Grande, y no toleraron que las comunidades parroquiales hicieran memoria de esos mártires ni de ningún otro.

El obstáculo más grande para que Mons. Romero se convierta en el deseado factor de unidad social y eclesial es su dimensión profética. En realidad, Mons. Romero es un beato muy incómodo. Tampoco podía ser de otra manera. Ha sido piedra de tropiezo y de escándalo para los poderes del mundo y también para la Iglesia institucional mundanizada. El reconocimiento de Mons. Romero como “piedra angular” de la Iglesia de Jesucristo, mediante la beatificación, ha colocado a esos poderes en un difícil brete, solo superable por la conversión, esto es, volverse hacia los pobres.

Los pobres, que constituyen la mayoría de la Iglesia salvadoreña y las víctimas de la violencia represiva del Estado, nunca dudaron de la santidad de Mons. Romero. En él encontraron un defensor incondicional, una razón para confiar en la Iglesia y un motivo para esperar en un futuro abierto. Nunca olvidaron que siempre estuvo de su lado, aunque en varias ocasiones les señaló sus desatinos. Esos pobres, víctimas de injusticias y violencias sin cuento, han recibido la beatificación como la reivindicación definitiva de su lucha y de su esperanza. Por eso, la beatificación no podía obviar ese fuerte contraste social y no lo obviará hasta que la realidad que evidencia no

1. El obispo de Santa Ana responsabilizó a Mons. Romero de los muertos de la guerra civil, durante una comida con el papa, en la nunciatura de San Salvador.

sea transformada por la conversión al reino de Dios. Hasta entonces, la unidad es una utopía por construir.

La ideología salvó la situación, al menos provisionalmente, para aquellos a quienes la beatificación colocó en posición muy embarazosa. Pero como no pueden reconocer al Mons. Romero de la Carta Apostólica del papa Francisco sin sentirse interpelados a reconocer su pecado y a emprender el camino de la conversión, han debido construir una imagen de Mons. Romero que evite ese inconveniente casi insalvable. De esa manera, se han formulado dos versiones ideológicas del arzobispo profeta y mártir, una nacionalista y la otra espiritualizada. Mediante hábiles deshistorizaciones, ambas versiones se esmeran por hacer aceptable la incómoda figura del arzobispo. La versión nacionalista es obra de los ideólogos del Gobierno, que se esfuerzan por ocultar las aristas del profetismo de Mons. Romero para convertirlo en un héroe nacional. La versión espiritualizada es obra de la autoridad eclesiástica, que también intenta limar esas aristas para convertirlo en principio de unidad nacional. El resultado es una versión deshistorizada de Mons. Romero, “aguada” ha dicho alguno, en buen salvadoreño. Finalmente, está la versión del pueblo salvadoreño que, pese a esos intentos de ideologización, ha permanecido fiel al arzobispo real.

1. La versión nacionalista

Casi inmediatamente después del asesinato de Mons. Romero, el Gobierno, con la colaboración de las empresas mediáticas, se propuso relegarlo al olvido. Ni siquiera se permitió que fuera sepultado conforme a su dignidad arzobispal. El Gobierno pretendía que el arzobispo pasara a engrosar la ya larga lista de asesinados y desaparecidos. Lo consiguió con el obispo castrense, Mons. Joaquín Ramos, asesinado en 1993. El homicidio del

arzobispo no solo no fue investigado, sino que la poca evidencia que se pudo reunir bastante empíricamente fue destruida por los escuadrones de la muerte con la connivencia del Gobierno, del ejército y del sistema judicial. En este sentido, el asesinato de Mons. Romero ha corrido la misma suerte de decenas de miles de asesinados y desaparecidos de la guerra civil y también de la postguerra, que tampoco han sido investigados. Mons. Romero no solo fue víctima de la misma represión que castigó al pueblo salvadoreño, sino que también, al igual que a este, se le ha negado la justicia. Pero no fue olvidado.

Algunas autoridades eclesiásticas participaron activamente en ese esfuerzo por olvidar a Mons. Romero. Aduciendo razones poco claras, su cuerpo fue retirado de la nave oriental de la catedral, donde había sido sepultado apresuradamente, y trasladado a la cripta, donde permaneció durante varios años en una sepultura muy sencilla, ubicada en el acceso occidental. El traslado dificultó la afluencia de peregrinos, que acudían deseosos de visitar su tumba. La conmemoración del martirio y del natalicio, cada año más concurridas y extendidas, era mirada con sospecha por la institucionalidad eclesial, que la toleró a regañadientes. El numeroso grupo que se reunía en la cripta de la catedral, alrededor de su tumba, para celebrar la eucaristía dominical, enfrentó un sinnúmero de dificultades. Pero la desmemoria no pudo con la obstinación de las comunidades eclesiales de base, que sobrevivieron a la guerra civil, de las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa, del Hospital Divina Providencia², que cuidaron cariñosamente de él tanto en vida como en muerte, pues conservaron sus pertenencias personales, de la Fundación Romero, presidida por Mons. Ricardo Urioste, y del Centro Monseñor Romero de la UCA. Todos ellos guardaron su memoria y, gracias a ellos, esa memoria no solo se mantiene viva, sino que ha creado una tradición muy particular.

2. El Hospital Divina Providencia, conocido como el “Hospitalito”, fue fundado y es dirigido por las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa.

La intervención de Roma, que declaró a Mons. Romero mártir y beato de la Iglesia católica, obligó al Gobierno a elaborar su propia versión del arzobispo. Así, el Gobierno del FMLN proyectó un Mons. Romero nacionalista, hecho a la medida del nacionalismo frívolo. Satisfecho de su obra, se congratuló de su creación ideológica. Los Gobiernos de Arena se mantuvieron alejados del arzobispo, muy probablemente porque el fundador del partido ha sido señalado, por investigaciones independientes, como el autor intelectual del asesinato. En cambio, los Gobiernos del FMLN se apropiaron de él con la idea de derivar credibilidad y legitimidad de su figura. El Gobierno de Funes se jactó de que sus políticas se inspiraban en las enseñanzas de Mons. Romero, colocó su imagen en sitios públicos destacados, como el aeropuerto internacional, al cual le puso el nombre del arzobispo, y en Casa Presidencial. De tal manera que, en las fotografías oficiales, el presidente aparece debajo de un inmenso cuadro del arzobispo. La versión nacionalista lo presenta como un salvadoreño heroico, motivo de orgullo para el pueblo salvadoreño y, por eso mismo, factor de unidad nacional. De esa manera, ha colocado al arzobispo mártir al nivel de los próceres nacionales o de la selección nacional de fútbol (“La selecta”), construcciones ideológicas que suscitan fuertes emociones viscerales, que tienen la virtud de hacer desaparecer todas las diferencias y de crear una unidad trivial, pero no por eso menos efectiva, mientras dura el encantamiento.

Las grandes empresas mediáticas han sido determinantes en la creación y la difusión de esa versión nacionalista del arzobispo. En efecto, concedieron espacios amplios y destacados a sus datos biográficos, a testimonios de familiares y de personas que lo conocieron, todo ello acompañado de muchas fotografías. Sin escrúpulo ni remordimiento, olvidaron su participación en la instigación de su asesinato, en sus editoriales, titulares, notas informativas, pie de fotografías y desplegados, calzados

por organizaciones fantasmas, vinculadas a la oligarquía y al ejército, con la connivencia de la dirección de dichas empresas mediáticas. Después del asesinato, contribuyeron de igual manera a su encubrimiento y al de los hechos ocurridos en su funeral. Ni siquiera se han atrevido a dar una explicación sobre este asombroso cambio de postura, ya que no parecen dispuestas a pedir perdón. Podrían haber alegado qué generación dirige esas empresas, en la actualidad, pero entonces se olvidarían de su responsabilidad corporativa. Asimismo, algunas empresas multinacionales difundieron sendas felicitaciones al Gobierno y al pueblo salvadoreño por el beato, olvidando también que sus prácticas están reñidas con las enseñanzas del arzobispo y de la Iglesia.

Más allá de intereses inconfesables y del sano sentimiento de orgullo, la versión nacionalista del arzobispo carece de fundamento histórico. Indudablemente, Mons. Romero fue un “patriota” sincero, en el sentido tradicional. “¡Y es tan bonito el Salvador!”, exclamó lleno de sano orgullo nacional el 1 de enero de 1978³. Pero al mismo tiempo reconocía que no era fácil amar “tan entrañablemente a nuestra patria”, porque “[l]a vemos a veces tan fea, nos sentimos tan desubicados en nuestra propia patria, que muchos prefieren mejor irse a otros lados; no sienten el hogar, no sienten la tradición, no sienten la alegría de la propia sangre, de sus propios paisajes, de la belleza de su tierra” (1 de enero de 1978). “La maldad del sistema”, presidido por “ese dios Moloc, insaciable de poder, de dinero, que con tal de mantener sus situaciones no le importa la vida ni del campesino ni del policía ni del guardia, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado” (30 de abril de 1978). De ahí que, el arzobispo pidiera para “la nación de El Salvador [...] verdaderos espíritus patrióticos”, que “no traicionáramos, por acomodarnos a situaciones de política o de economía o de sociedad, el verdadero interés del pueblo” (1 de enero de 1978).

3. Las citas de las homilias están tomadas de la edición crítica de UCA Editores.

El Salvador es su pueblo, a él dedicó sus mejores esfuerzos y, en definitiva, su vida. Y por lo que toca a los Gobiernos del FMLN, su práctica política y social es ajena a las enseñanzas de Mons. Romero, pues no ha hecho otra cosa que consolidar el neoliberalismo globalizado, eso sí, acompañado de unas cuantas medidas sociales, que encubren su verdadera naturaleza depredadora. Quizás por eso tampoco han derivado la legitimidad que esperaban de su figura. En realidad, la versión nacionalista en ningún momento se ha propuesto ser fiel al Mons. Romero histórico. No se trata de veracidad, sino de utilizarlo para fines aviesos.

Prueba de ello es que esos dos Gobiernos, que alegan inspirarse en el arzobispo mártir, no han cultivado la verdad. No solo no se han interesado por esclarecer su asesinato y los hechos ocurridos en su funeral, sino que, al contrario, han entorpecido la investigación. Han tenido varias oportunidades para impulsar la investigación, pero las han evadido con artimañas y argumentos similares a los de Arena. No solo no se han atrevido a derogar la amnistía encubridora, sino que además presionan para que la Sala de lo Constitucional no la declare inconstitucional. En buena medida porque la impunidad resguarda a algunos de sus dirigentes. Una situación embarazosa, que pudo evitarse, si las partes de los acuerdos de 1992 hubieran aceptado la recomendación de la Comisión de la Verdad, que pedía inhabilitar a los responsables de violaciones de derechos humanos, señalados por su nombre en el informe, para ocupar cargos públicos. Ciertamente, los Gobiernos del FMLN han pedido perdón, pero es un perdón vacío, porque han contribuido a encubrir la verdad y, por lo tanto, a mantener la injusticia. En este contexto de mentira institucionalizada, resuenan proféticamente las palabras de Mons. Romero de la homilía del 12 de abril de 1979: “No puede haber amor donde hay mentira. Y falta en nuestro ambiente la verdad. Y cuando la verdad se dice, ofende y se callan las voces que dicen la verdad y estorba esa voz”.

El derecho a la justicia también ha sido negado a las víctimas de las violaciones de los derechos humanos. Son las mismas víctimas cuya defensa asumió Mons. Romero, porque los Gobiernos militares de entonces, en connivencia con Washington, las abandonaron al olvido. Por esa razón, el arzobispo pidió al Socorro Jurídico Cristiano tomar su defensa y él, por su lado, les reservó un lugar destacado en su homilía dominical, donde hacía memoria de cada una de ellas. Al garantizar la impunidad a los violadores de los derechos humanos durante la guerra civil, tanto los Gobiernos de Arena como los del FMLN han contribuido eficazmente a consolidar la cultura de la violencia, que caracteriza en la actualidad a la sociedad salvadoreña. Hoy como antaño, el Gobierno no puede garantizar la seguridad ciudadana y los homicidios y, en la práctica, casi todos los delitos permanecen impunes por falta de investigación policial, bien por incapacidad o desidia de la actuación, bien por venalidad de buena parte de los administradores de justicia, delito señalado ya en su tiempo por Mons. Romero y que entonces desató mucha polémica. De ahí que congratularse por la exaltación de Mons. Romero al mismo tiempo que se promueve activamente la impunidad es hipócrita.

La versión nacionalista de Mons. Romero cumple también con la finalidad de ocultar el despojo masivo ocasionado por el modelo económico neoliberal. Al Gobierno le resulta de mucha utilidad exaltar la figura de Mons. Romero para intentar la legitimación del régimen neoliberal, heredado de los Gobiernos de Arena, que solo produce ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres, que empuja a decenas de miles de salvadoreños a emigrar en busca de empleo y de oportunidades, aun con el riesgo grave de perder la vida, y que acorrala a decenas de miles de jóvenes de tal manera que provoca una protesta irracional, violenta y cruel organizada en pandillas.

La idolatría de la riqueza, responsable de ese despojo y de esas muertes, fue denunciada

varias veces por Mons. Romero. En una de esas ocasiones, el 12 de agosto de 1979, dijo:

Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable.

En noviembre de ese año, insistió, en alusión al proyecto de transformación agraria (día 4):

No nos cansemos de denunciar la idolatría de la riqueza [porque] si ahora hay un gran peligro en el país es esta idolatría, quizás la más grave tentación de este momento en que puede comenzar una transformación de la patria”, en alusión al proyecto de transformación agraria.

Pero (24 de febrero de 1980):

La oligarquía, al ver que existe el peligro de que pierda el completo dominio que tiene [...] está defendiendo sus egoístas intereses, no con razones, no con apoyo popular, sino con lo único que tiene: dinero, que le permite comprar armas y pagar mercenarios que están masacrando al pueblo y ahogando toda legítima expresión que clama justicia y libertad.

Por eso (13 de enero de 1980):

... en nombre de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, les hago un nuevo llamado para que oigan la voz de Dios y compartir con todos gustosamente el poder y las riquezas, en vez de provocar una guerra civil que nos ahogue en sangre. Todavía es tiempo de quitarse los anillos para que no les vayan a quitar la mano.

La oligarquía no solo no atendió esos llamados, sino que exasperada por señalamientos tan claros y directos —y en cierto sentido, también humillada, porque había respaldado la candidatura de Mons. Romero para ocupar la sede arzobispal, en lugar de Mons. Arturo Rivera, que le parecía extremadamente radical e incluso comunista— pidió su remoción e incluso instigó su asesinato

hasta que uno de sus sectores más extremistas, vinculado a los escuadrones de la muerte, lo llevó a cabo. El hecho, en sí mismo, no deja de ser asombroso, dado que se trata de una oligarquía muy católica e incluso practicante. Pero también una oligarquía que no perdona a quien la traiciona. Mons. Romero no satisfizo sus expectativas, pues no asumió sus intereses ni los defendió ni predicó la resignación, sino que, al contrario, la llamó a la conversión, a compartir y a compadecerse del pobre y de la víctima. “¿Por qué se mata?”, se preguntó Mons. Romero al referirse a la hostilidad y a las amenazas de que era víctima, y se respondió: “Se mata porque estorba” (23 de septiembre de 1979). Y él estorbaba sobremedida el proyecto oligárquico.

Así, pues, lo mataron no porque odiaran formalmente la fe, sino porque odiaban a quien tenía fe y practicó la justicia que esa fe le exigía. Por lo tanto, monseñor es mártir de la fe, tal como proclamaba el primer lema oficial de la beatificación, pero una fe que necesariamente implica la justicia. En la práctica de esa justicia, Mons. Romero mostró un gran amor a quienes sufrían la injusticia y también a sus responsables, a quienes en repetidas ocasiones llamó a convertirse, esto es, a volverse hacia los empobrecidos por su avaricia.

Finalmente, la presencia del Gobierno y de los partidos políticos en la beatificación es contraria al espíritu de Mons. Romero. El arzobispo se negó a asistir a los actos oficiales del Gobierno y pidió a funcionarios y políticos mantenerse alejados de la catedral, a donde acostumbraban acudir corporativamente en las festividades nacionales, hasta que no se esclareciera el asesinato del P. Rutilio Grande y de sus dos compañeros campesinos, una petición que reiteró poco después a raíz de los siguientes asesinatos. Esa postura no ha perdido validez. Al contrario, ahora tiene más fuerza que en 1977, cuando comunicó su decisión. No solo no se ha hecho justicia a ninguno de los asesinados durante su arzobispado, sino que tampoco se le ha hecho justicia

a él ni a las decenas de miles de víctimas de las décadas posteriores. La coherencia y la decencia pedían que esos funcionarios y políticos se abstuvieran de asistir a su exaltación. El agravio es todavía mayor por ocupar lugares de honor. El hecho de ser Gobierno no exime de responsabilidad a los primeros, ya que representan al Estado que aprobó la amnistía y que la ha mantenido. Su lugar debió haber sido ocupado por los representantes del pueblo salvadoreño, los mismos que ocuparon el espacio dejado por funcionarios, embajadores y políticos en su catedral.

Es irónico, e incluso escandaloso, que los injustos participen en la exaltación del justo sin arrepentimiento ni conversión. Los Gobiernos han despreciado a la Iglesia, no a la institucional, sino a la de Mons. Romero, esto es, a “la Iglesia [que] se predica desde los pobres”. La Iglesia de la que “no nos avergonzamos nunca de decir ‘la Iglesia de los pobres’, porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención” (24 de diciembre de 1978). En consecuencia, advirtió “a todo el pueblo, gobernantes, ricos y poderosos [que] si no se hacen pobres, si no se interesan por la pobreza de nuestro pueblo como si fuera su propia familia, no podrán salvar a la sociedad” (15 de julio de 1979).

2. La versión espiritualizada

Mons. Romero también interpela a los sectores eclesiales que se opusieron, y algunos todavía se oponen, a su opción preferencial por los pobres, a separar la Iglesia del Estado y a colocar la institucionalidad eclesiástica al servicio de la causa de los pobres. No obstante sus opiniones, estos sectores han debido aceptar el martirio y la beatitud de Mons. Romero, puesto que no les es conveniente desafiar la declaración papal. Pero como la dimensión profética del arzobispo les resulta casi imposible de asimilar, ellos también formularon su propia versión para obviar esa dificultad y también para hacerlo si no aceptable, al menos que no suscitara reclamos airados de la oligarquía, tanto de la agroex-

portadora, que ha sobrevivido al arzobispo, como de la financiera y de servicios. Así, nació la versión espiritualizada, que ofrece un arzobispo tolerable, es decir, que no interpela ni exige la conversión al evangelio de Jesús.

Esta versión proyecta la imagen de un sacerdote bueno y de un obispo sabio, virtuoso y piadoso. Hay quien encuentra en él los rasgos del obispo tridentino, esto es, próximo a su clero, preocupado por la unidad de su diócesis y por sus seminaristas, fiel al magisterio, riguroso en la aplicación del derecho canónico, decoroso en la liturgia, apegado a su catedral, piadoso con los enfermos y atento a los pobres. En realidad, monseñor demostró poseer todas esas virtudes en grado egregio. Sin duda, se guió por los lineamientos tridentinos. Pero ese conjunto de características no da cuenta satisfactoria de su ministerio ni tampoco de su asesinato. Por lo general, nadie es asesinado por practicar dichas virtudes. Sin restar méritos a Trento, Mons. Romero es más un obispo del Concilio Vaticano II y de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1969) y de Puebla (1979).

El primer lema oficial de la ceremonia de beatificación, “Mons. Romero mártir por amor”, expresa con claridad meridiana el esfuerzo para deshistorizar, vía la espiritualización, al arzobispo. Ese lema, sin ser falso, es insuficiente para aproximarse a Mons. Romero. No es extraño, entonces, que haya provocado desconcierto e indignación. La protesta del clero arquidiocesano y de muchos sectores laicos, en algunos casos, airada, obligó a especificar que su martirio había sido “por amor a los pobres”. En el martirio no puede faltar la efusión de sangre, lo cual remite a la razón por la cual ocurre esa efusión. El amor, entendido según las virtudes señaladas antes, no estorba. Por eso no se mata. El mismo Mons. Romero era plenamente consciente de ello, cuando dijo que se mata al que estorba y él se convirtió en un estorbo enorme por decir la verdad, por defender a las víctimas y por reclamar justicia para ellas. La defensa del pobre perturba tanto

como para matar, porque necesariamente enfrenta con el opresor que la origina.

Uno de los esfuerzos más logrados de idealización del arzobispo mártir es el de Roberto Morozzo Della Rocca, Óscar Romero. La biografía (UCA Editores, 2015)⁴. El autor se afana por presentar un Romero poco relacionado con la realidad, probablemente, porque esta resulta incomprensible para los círculos romanos y para otros sectores eclesiásticos contrarios a la beatificación. La cuestión es que mientras lo hace aceptable y se procede a la beatificación, se deshistoriza al beato. Sorprendentemente, la edición de UCA Editores⁵ presenta esa versión deshistorizada de Mons. Romero como “la biografía”. Este curioso énfasis parece indicar que en ella se encuentra la verdad total de la identidad y del ministerio episcopal del arzobispo. En sí misma, esa pretensión es desafortunada, porque es imposible aprehender la realidad personal de cualquiera, esto es, aquello que hace a cada persona irrepetible e intransferible. Por lo tanto, Mons. Romero se llevó a la tumba su realidad personal. Lo único aprehensible es su praxis que, al quedar objetivada o exteriorizada en determinadas obras, ha sido recogida en registros diversos, a los cuales tiene acceso el historiador. Por lo tanto, la biografía, al igual que la historia, siempre es una cuestión abierta.

Quizás el obstáculo más grande que debe superar la deshistorización de Mons. Romero es su dimensión profética. Tradicionalmente, la institucionalidad eclesial siente verdadera repugnancia al conflicto por causa del evangelio, aun cuando ese sea el destino del profeta y del mismo Jesús. En efecto, la defensa de la víctima enfrenta inexorablemente al profeta con el poder que la despoja o la asesina. Desde esta perspectiva, el desafío consiste, entonces, en cómo

presentar un beato que vivió la conflictividad del profeta. De hecho, ese fue uno de los reparos que paralizó durante años la causa de beatificación.

Obviar la dimensión profética de Mons. Romero obliga a intentar explicar el giro que este imprimió a su ministerio arzobispal, a raíz del asesinato del jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares. Cuando de ser un “pastor manso y casi tímido” pasó a “defender al pueblo oprimido y a los sacerdotes perseguidos, sin preocuparle las amenazas que cotidianamente recibía”, según palabras del cardenal prefecto de la Congregación de los Santos, Angelo Amato (homilía del 23 de mayo de 2015). La clamorosa injusticia y el horror de la violencia hicieron que, de nuevo según expresión del cardenal, “su lenguaje se [volviera] más explícito”. A los asustadizos que sostienen la continuidad entre el Romero anterior a marzo de 1977 y el posterior, el cardenal les recuerda con acierto que Mons. Romero “habló de un don del Espíritu Santo, que le concedió una especial fortaleza pastoral, casi un contraste con su temperamento prudente y comedido”. Aquí el prefecto trae a colación el testimonio de sor Isabel, fundadora del Hospitalito, a quien Mons. Romero le respondió, cuando ella le pidió cuidar sus palabras, “Dios me guía y Él me inspira lo que digo. Me sorprende a veces que en mis homilías dominicales muchas cosas que no deseo decir, las digo, movido por el impulso de Dios” (homilía del 23 de mayo de 2015).

Así, pues, solo mediante un retorcido malabarismo de los hechos, es posible sortear el conflicto del profeta. De ahí que sea apropiado hablar de deshistorización. En un primer paso, esta versión coloca a Mons. Romero en medio de fuerzas contrarias igualmente destructivas. Por un lado, una fuerza de derecha siempre representada de forma muy difusa, tal vez

4. En realidad, es un resumen de una obra más grande. El autor desempeñó un papel determinante en la causa de beatificación.

5. El título de la edición italiana de la obra completa es *Primerio Dios. Vita di Óscar Romero* (Mondadori, 2005) y el de la traducción al español, *Mons. Romero. Vida, pasión y muerte en El Salvador* (Sígueme, 2010).

por el deseo implícito de congregar al beato con ella; y, por el otro lado, una fuerza de izquierda revolucionaria y violenta, en cuya descripción se detiene. Un ejemplo típico de esta prestidigitación se encuentra en *Alfa y Omega*, el semanario católico de la arquidiócesis de Madrid. El periodista reconoce que el país vivía “momentos difíciles”, debido a que, por un lado, algunos sacerdotes y varios obispos, temerosos de la amenaza comunista, se alinearon con el Gobierno, mientras que, por el otro lado, estaban los sacerdotes, muchos de ellos jesuitas, que “sucumbieron” a la teología de la liberación, algunos de los cuales terminaron por “coger las armas”. En medio, estaban los “católicos como monseñor Óscar Romero”, que desde la fe denunciaban las graves injusticias que se perpetraban contra el pueblo (*ABC*, Madrid, 14 de mayo de 2015).

El arzobispo estaría, según esta versión, fuera y por encima de la conflictividad social de su tiempo, esto es, no habría tomado partido por ninguna de las partes enfrentadas. Esquemático de esa manera, es indudable que Mons. Romero estuvo por encima de ese enfrentamiento. Pero el análisis es incompleto, porque la conflictividad social la configuraba el enfrentamiento de un avaricioso poder oligárquico con el pueblo salvadoreño, despojado, empobrecido y reprimido. En este conflicto, Mons. Romero no se colocó por encima, sino del lado de estos últimos. De aquellos a los que él llamaba su pueblo. “Fíjense que el conflicto no es entre Iglesia y Gobierno, es entre Gobierno y pueblo; la Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia, ¡gracias a Dios!” (21 de enero de 1979).

Una vez colocado fuera del conflicto social, Mons. Romero es presentado como pacificador y mediador, no como piedra de escándalo, donde tropezaron los poderosos y los opresores, sino conciliador y, en consecuencia, en factor de unidad nacional, muy similar en este punto a la propuesta ideológica de la versión nacionalista. Pero Mons. Romero asegura que “su deseo de fidelidad” a la predicación de

“una evangelización muy comprometida, sin miedo”, ha convertido a “nuestra arquidiócesis [...] en una diócesis conflictiva” (11 de marzo de 1979). No podía ser de otra manera, porque

si la muerte es el índice del pecado [...] El Salvador [es] uno de los países donde se ha entronizado de manera más absurda y loca el pecado, los poderes del infierno [...] Siguen matando. Continúan apareciendo cadáveres no identificados [...] son tantos [...] que ya se hace difícil hasta mencionar sus nombres o la vertiente política a la que pertenecen. Pero todos denuncian una danza macabra de venganza, de una violencia institucionalizada; pues unos mueren así, directamente víctimas de la represión, y otros mueren precisamente por servir a la represión.
(1 de julio de 1979)

El pecado le impedía satisfacer las expectativas de los poderes que lo habían colocado en el arzobispado de San Salvador. Asimismo, ese pecado le indicaba que “No basta la dimensión trascendente, que eso es muy bonito, escribir de lo trascendente” (9 de septiembre de 1970). Pero entonces, “[u]na Iglesia que [...] quiere promover la dimensión histórica tiene que encontrar choques en la historia” (9 de septiembre de 1980).

Mons. Romero no es ingenuo. Es plenamente consciente de la conflictividad que suscitan su actuación y su predicación. “Estas homilias quieren ser la voz de este pueblo, quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz, esta pobre voz que encontrará eco en aquellos que [...] amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo” (29 de julio de 1979).

Quienes creen que mi predicación es política, que provoca la violencia —una acusación frecuente de la oligarquía y de las empresas mediáticas durante los tres años de su ministerio arzobispal— olvidan que la palabra de la Iglesia no está inventando los males que ya existen en

el mundo, sino iluminándolos. La luz ilumina lo que existe, no lo crea. El gran mal ya existe, y la palabra de Dios quiere deshacer esos males y los señala como una denuncia necesaria para que los hombres vuelvan a los buenos caminos. (16 de marzo de 1980)

La acusación pública y vociferante fue acompañada de "anónimos que suelen llegar con tanta rabia o que se pronuncian por otros medios o que se viven en el corazón" (16 de marzo de 1980). Mons. Romero sabía, pues, muy bien de "las horas más amargas de las situaciones, cuando más arrecia la calumnia y la persecución" (20 de mayo de 1979). Pero la ofensa, la calumnia, la amenaza y la persecución le daban "más lástima que cólera" (16 de marzo de 1980).

La versión espiritualista también pone mucho empeño por desvincular a Mons. Romero de la política. Uno de sus argumentos, en su afán por no dejar duda alguna al respecto, trae a cuento la opinión del embajador estadounidense que, desesperado por el manifiesto desinterés del arzobispo en los tejemanejes de la embajada, asegura que este era ingenuo en ese campo. En realidad, la embajada de Estados Unidos no podía hablar de la política salvadoreña con Mons. Romero, porque por política entendían realidades muy distintas y tenían criterios encontrados para aproximarse a ella. Para el arzobispo,

[l]os pobres son los que nos dicen qué es la política [...], [porque] ese mundo de los pobres [...] es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio que la Iglesia debe prestar al mundo. (17 de febrero de 1980)

En cambio, la embajada está interesada en salvaguardar la seguridad nacional de Estados Unidos y los intereses de la oligarquía agroexportadora y de sus socios, los militares. No es extraño, entonces, que el arzobispo le haya

parecido ingenuo al embajador. En realidad, era mucho más realista que él.

Otro argumento es que Mons. Romero compartía el interés romano por despolitizar a la Iglesia latinoamericana para privilegiar la dimensión eclesial y religiosa. Una preocupación que se remonta a Medellín y sus consecuencias. Curiosamente, Washington también estaba muy interesada en alejar al clero latinoamericano de la política, porque su influencia podría ser determinante para impulsar las transformaciones estructurales reclamadas por los movimientos populistas y revolucionarios de entonces. El mismo Mons. Romero se encarga de desautorizar esa interpretación, al mismo tiempo que explica su posición. "[C]uando hablamos de la injusticia aquí abajo y la denunciamos, piensan que ya estamos haciendo política" (2 de septiembre de 1979). "[L]o que yo intento de ninguna manera es hacer política. Si por una necesidad del momento estoy iluminando la política de mi patria, es como pastor, es desde el Evangelio, es una luz que tiene la obligación de iluminar los caminos del país y aportar como Iglesia" (17 de febrero de 1980). "Es en nombre de ese reino justo de Dios que denunciamos las injusticias de la tierra" (2 de septiembre de 1979), esto es, "los pecados políticos, sociales, económicos" (22 de julio de 1979). E insiste, inútilmente, por cierto,

... cuando se nos crítica de estar aquí predicando cosas incendiarias, nosotros decimos: "No estamos haciendo más que recordar un principio que se ha olvidado y que es necesario ir a la base de las transformaciones de nuestra sociedad. Si queremos que cese la violencia y que cese todo ese malestar, hay que ir a la raíz y la raíz está aquí: en la injusticia social". (30 de septiembre de 1979)

Ceder a las críticas y a las presiones, equivalía para Mons. Romero a "colaborar con una pseudopaz, un falso orden, basados en la represión y el miedo" (1 de julio de 1979). Su honradez y su fidelidad a la misión episcopal no eran compatibles con esa complicidad.

[Al] explicarles las raíces profundas de la actuación de la Iglesia en este mundo explosivo de lo sociopolítico [...] he pretendido esclarecerles el último criterio, que es teológico y político, para la actuación de la Iglesia [...] el mundo de los pobres. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando, desde su especificidad, uno u otro proyecto político.
(17 de febrero de 1980)

En otra formulación, más teológica, declaró que “cuando, en la homilía, se señalan los pecados políticos, sociales, económicos [no es política], sino que es la palabra de Dios encarnándose en nuestra realidad” (11 de noviembre de 1979), “porque el único orden y la única paz que Dios quiere es la que se basa en la verdad y en la justicia” (1 de julio de 1979). En definitiva, ante la disyuntiva de guardar silencio y condescender con el orden establecido o denunciarlo, “nuestra opción es clara, no duden: obedeceremos antes al orden de Dios que al orden de los hombres” (1 de julio de 1979).

Al final, la realidad se impone de manera tan inexorable que la versión espiritualista reconoce que el arzobispo no era equidistante. Conviene en que este coloca la raíz del conflicto en la injusticia social, pero para agregar de inmediato que eso no significa que fuera de izquierda ni mucho menos favorable al marxismo. Prueba de ello sería que se aproximaba a esa realidad desde “la visión cristiana tradicional” de la riqueza, los pobres y la justicia. Esto es incuestionable, pero también interpretó la realidad salvadoreña desde el Vaticano II (17 citas explícitas en sus homilías), Pablo VI (42 citas), Juan Pablo II (134 citas) y, sobre todo, desde el magisterio latinoamericano de Medellín (15 citas) y Puebla (64 citas), el cual también forma parte del magisterio de la Iglesia. Además, cita sus cartas pastorales (23 referencias explícitas). Y el propio Mons. Romero aclara que su predicación se fundamenta en la “evangelización nueva, que del Concilio Vaticano II para acá y en las reuniones de los obispos latinoamericanos está exigiendo que tiene que ser una evange-

lización muy comprometida sin miedo” (11 de marzo de 1979).

La teología de la liberación es otro escollo del cual hay que alejar a Mons. Romero. La versión espiritualizada, influida por quienes asocian gratuitamente esa teología con la política de izquierdas e incluso con el marxismo, asegura que el arzobispo desconocía dicha teología. En su biblioteca particular solo se habrían encontrado obras de patrística, exégesis, espiritualidad y del magisterio universal de la Iglesia. No obstante que los teólogos de la liberación le habrían regalado sus libros, Mons. Romero no los habría leído. Al parecer, los autores de esta versión entienden por teología de la liberación aquella reprobada por la Congregación de la Fe, en la Primera Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación de 1984. Pero dicha Instrucción no reprueba a dicha teología como un todo, sino algunos excesos de unos pocos teólogos. En cualquier caso, la Segunda Instrucción sobre libertad cristiana y liberación de 1986 adopta una perspectiva más moderada y hace una apreciación más positiva de dicha teología. Y poco después, Juan Pablo II reconoce que la teología de la liberación es una necesidad y un bien para la Iglesia universal. Más allá de la aprensión de los tradicionalistas, la teología de la liberación constituye un elemento fundamental del magisterio latinoamericano, en concreto, de Medellín y Puebla, muy citados en las homilías dominicales.

Al parecer, la teología de la liberación ensombrecería la beatitud de Mons. Romero por su presunta vinculación con el marxismo. Por eso, la versión espiritualizada insiste en que su predicación y su acción pastoral se guiaban por el magisterio romano, y no por la teología de la liberación. No obstante, reconoce que Mons. Romero estaba interesado en ella, aunque de inmediato acota que su interés no obedecía a razones políticas, sino pastorales. No podía desconocer la trascendencia de una teología latinoamericana, así como tampoco ignoró la propuesta socialista

latinoamericana. Asimismo, reconoce que el arzobispo reclama justicia para los pobres y las víctimas, y que con su implantación comenzaba el reino de Dios en la tierra. Pero de inmediato agrega que sus reclamos no están relacionados con los movimientos revolucionarios de entonces.

En la misma línea del Vaticano II, Medellín y Puebla, Mons. Romero está convencido, al igual que la teología de la liberación, de que los pobres ocupan un lugar central en la teología y en la Iglesia. “La Iglesia está con el pueblo y el pueblo está con la Iglesia” (21 de enero de 1979). Dicho con palabras de Puebla (1 de julio de 1979):

El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las comunidades eclesiales de base han ayudado a la Iglesia [...] a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de la solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios.

Aquí aparece otro tema, asociado con la teología de la liberación, que también perturba mucho a los creadores de la versión espiritualizada. Ese tema es el de las comunidades eclesiales de base. Esta realidad de la Iglesia latinoamericana causa desasosiego, porque se la identifica simplistamente con la llamada Iglesia popular, esto es, antijerárquica. Pero Mons. Romero no participó de esos temores ni compartió esas sospechas. Al contrario, en las comunidades eclesiales de base, encontró “una de las características más hermosas de nuestra Iglesia [que gracias a ellas] se está haciendo más bíblica, más reflexiva” (1 de enero de 1978). Las comunidades son “grupos para reflexionar la palabra de Dios”, pero como se trata de “una palabra encarnada en la realidad, siempre despierta la conciencia cristiana del deber de trabajar por un país más justo, según las opciones concretas políticas que le inspira su misma fe y su conciencia” (11 de noviembre de 1979). Por lo tanto, Mons. Romero era consciente de que la fe lleva al compromiso político.

Pero eso no llevó a Mons. Romero a condenar a las comunidades eclesiales de base. No le teme al compromiso político derivado de la fe y de la conciencia, aun cuando sabe de sus riesgos. Al contrario, declaró que “[a] la trascendencia divina de nuestro trabajar también uniremos este otro carisma que nos es tan necesario en la pastoral de la arquidiócesis: la pastoral de comunidades” (20 de julio de 1979). Por eso, recordó a los párrocos de la arquidiócesis que “allí donde todavía no se tiene confianza, recuerden que la escuela eficaz para descubrir valores de nuestros pobres, de nuestros campesinos, el tesoro escondido en tantos corazones, es allí, en la comunidad eclesial de base” (1 de julio de 1979). Mientras que “a todos los agentes de pastoral, a las religiosas que trabajan en los pueblos, los felicito porque ya contamos con muchas comunidades eclesiales de base” (1 de julio de 1979).

La versión espiritualizada obvia que la simple justicia del reino es, en sí misma, subversiva, puesto que se propone revertir la historia desde abajo, desde los pobres y las víctimas. El mismo Mons. Romero lo advirtió (6 agosto de 1979):

... no se confunda, hermanos, la misión de la Iglesia, evangelizando y trabajando por la justicia, con campañas subversivas. ¡Es muy distinto! A no ser que al Evangelio se le quiera llamar subversivo porque de verdad está tocando las bases de un orden que no debe existir porque es injusto.

Según esto, Mons. Romero no tenía necesidad de citar a ningún teólogo de la liberación.

Más aún, Mons. Romero conversó con varios teólogos de la liberación sobre cuestiones teológicas y sobre los desafíos que la realidad plantea a la fe, a la Iglesia y a la teología. Ya en 1972 conoció personalmente a Gustavo Gutiérrez —y a otros teólogos de la liberación— y se sorprendió de la exposición que hizo de la teología de la liberación a las

conferencias episcopales centroamericanas, reunidas en La Antigua (Guatemala). Apenas un año antes, en 1971, había publicado su ya clásico libro *Teología de la liberación. Perspectivas*. Vale la pena recoger aquí su comentario.

Todos hemos constatado con alegría que cuando se expone así la teología no es otra cosa [...] que la eterna teología de la salvación que no puede quedarse en el nivel sociopolítico, no es una simple promoción del hombre, sino que, desde el más profundo nivel de la liberación cristiana del pecado, irradia sus consecuencias humanas y sociales.⁶

Por lo tanto, concluye, “tenemos que estudiar esta teología y entenderla bien” y, a continuación, hace una valoración personal del padre de la teología de la liberación.

El padre Gustavo Gutiérrez dejó la impresión de ser un teólogo que ha madurado mucho y que se empeña en exponer con equilibrio una doctrina expuesta a la aceptación exagerada o al rechazo. Insiste mucho en señalar los extremos en que se puede caer y subraya con insistencia el equilibrio de la sana doctrina.

Sirva el testimonio del cardenal Amato para acallar las dudas o las sospechas de los timoratos. En la ya citada homilía, el cardenal declaró que Mons. Romero “quiso tomar [el] puesto” del padre Rutilio Grande como “padre bueno” de los campesinos “ahora huérfanos”. En seguida, el prefecto hace suyas las palabras pronunciadas por Mons. Romero en el funeral del padre Grande, “la liberación que [él] predicaba se inspira en la fe, una fe que nos habla de la vida eterna, una fe que él ahora con su rostro dirigido al cielo, acompañado por dos campesinos, muestra en su totalidad, en su perfección; la liberación que termina en la felicidad en Dios, la liberación que surge del arrepentimiento del pecado, la liberación que

se funda en Cristo, la única fuerza salvadora” (homilía, 23 de mayo de 2015).

En definitiva, los esfuerzos para evadir la dimensión profética de Mons. Romero resultan inútiles. En primer lugar, porque la realidad se impone inexorablemente. En segundo lugar, porque la oligarquía, la actual y la que sobrevive a la década de 1970, no muestra tener disposición, excepto unos pocos casos excepcionales, para convertirse. Está convencida de que el arzobispo era su enemigo, precisamente por sus llamados a volverse a los pobres como si fueran “su propia familia”, a compartir generosamente “el poder y las riquezas” y a “quitarse los anillos para que no les vayan a quitar la mano”. La oligarquía financiera actual tampoco puede aceptar esa invitación a convertirse. Más que conversión y entusiasmo, este sector ha recibido la beatificación con un silencio obsequioso pero, en su seno, la considera como un insulto, puesto que exalta a quien se opuso a que acumulara riquezas ilimitadamente y a la violencia indispensable para conservarlas. Quizás los círculos eclesásticos contrarios a la exaltación del arzobispo ahora lo acepten, en su versión espiritualizada.

3. La interpelación profética de Mons. Romero

Mientras la Iglesia institucional se desentendía de Mons. Romero, otros sectores eclesiales mantuvieron viva su memoria y cultivaron su tradición. La obstinación de las comunidades, de grupos de laicos, sobre todo de mujeres, de unos cuantos sacerdotes, de religiosos y de religiosas y, en general, de los pobres mantuvo viva la memoria del arzobispo mártir. También la oposición política a los Gobiernos de Arena se identificó con él. De esa manera, Mons. Romero se convirtió en el referente de muchos que luchaban por la justicia en El Salvador.

6. “Encuentro de Reflexión, 3 Impresiones sobre el área doctrinal”, citado en *Positio super martyrio* (Roma, 2014).

En este contexto, Juan Pablo II reclamó a Mons. Romero para la Iglesia católica. “¡Romero es nuestro!”, exclamó el papa con fuerza. Quizás más por temor a que el arzobispo quedara definitivamente asociado con las causas radicales de la izquierda. Y quizás también para proclamar que la Iglesia lo reconocía como hijo predilecto. De hecho, estaba convencido de su martirio. Ese reclamo se ha vuelto a escuchar con más fuerza ahora, al final del proceso de beatificación. Probablemente, por los mismos motivos de Juan Pablo II y también para afirmar que la Iglesia institucional es la única que posee autorizadamente a Mons. Romero. Una advertencia clara para aquellos que no acepten la versión oficial.

Así, pues, la beatificación ha forzado a la institucionalidad a ver y a aceptar, quizás a regañadientes, lo que el pueblo vio desde el arribo de Mons. Romero a San Salvador como arzobispo. Rápidamente y sin dudar, descubrió en él al profeta enviado por Dios para asumir su defensa. Por eso, lo apoyó y lo hizo suyo. Después de su asesinato, tampoco dudó en descubrir al mártir. Desde entonces, lo ha venerado como tal, mientras la Iglesia que ahora intenta apropiárselo exclusivamente guardaba silencio y tomaba distancia, una actitud que, vista desde la beatificación, es embarazosa, si no vergonzosa.

La honestidad con la realidad obliga a afirmar que Mons. Romero pertenece al pueblo al que defendió, al que se entregó y por el cual dio su vida. Inmediatamente después hay que afirmar que Mons. Romero pertenece a la humanidad. De hecho, Iglesias y pueblos reconocieron en él a un mártir de la fe y la justicia, bastante antes de que la Iglesia católica se atreviera a hacerlo. La Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, lo colocó en la fachada de su templo más importante, junto con otros mártires de la justicia del siglo XX.

Desde el momento en que Mons. Romero es universal, está a la disposición de cualquiera. No es propiedad exclusiva de nadie.

Ciertamente, esto lo deja abierto a interpretaciones erróneas, incluso de Gobiernos, de políticos y de organizaciones que lo pueden utilizar para fines inconfesables. Ese peligro es inevitable. Intentar impedirlo no tiene sentido. La mejor manera de desautorizar cualquier posible manipulación es guardar la memoria del Mons. Romero profeta del pueblo salvadoreño y defensor de la causa de los pobres y de las víctimas de la violencia.

Esta tarea corresponde, prioritariamente, a la Iglesia salvadoreña y a la Iglesia universal. La memoria histórica con su vitalidad y su dinamismo intrínseco tiene potencial para desautorizar distorsiones y manipulaciones. Ahora bien, eso solo es posible si se evita la ambigüedad y la abstracción. En esto, la Iglesia debiera aprender del pueblo salvadoreño que siempre encontró en Mons. Romero al mártir de la justicia. Este pueblo ha demostrado poseer un sentido particular para descubrir la fe verdadera donde la institucionalidad ha vacilado. Ahí, en su pueblo, se encierra la verdad de Mons. Romero.

Mons. Romero ha sido saludado como “el santo de todo El Salvador” y como “símbolo de la paz” por autoridades gubernamentales y eclesiásticas. Si esas expresiones aluden a realidades actuales, son desafortunadas. En la actualidad, Mons. Romero no es el santo de todos, puesto que existen sectores —en concreto la oligarquía, quizás con algunas excepciones— que no lo reconocen como tal. Tampoco es símbolo de paz, porque El Salvador está en guerra, una guerra cruel y brutal. Dadas estas condiciones, esos saludos más bien expresan una aspiración utópica. La santidad nacional de Mons. Romero y la paz están por construir.

La división social impide que Mons. Romero sea el santo de todos. Es la misma división de su época, pero más pronunciada. La poderosa minoría, no tanto agroexportadora, sino financiera y de servicios ha abierto más aún la brecha que la separa del resto de la sociedad. La acumulación avari-

ciosa de recursos y de capital empuja a las clases medias hacia la línea de la pobreza, y a quienes se encuentran por debajo de ella les ha cortado toda posibilidad de movilidad ascendente. En la actualidad, la diferencia entre el diez por ciento que concentra la mayor parte del ingreso nacional y el resto de la población es mucho mayor que en la época de Mons. Romero. Más aún, en ese diez por ciento se observa una enorme diferencia entre el uno por ciento, que concentra la mayor parte del ingreso, ya muy abultado, de esta reducida porción de la población, y el nueve por ciento restante.

Esa escandalosa e hiriente desigualdad impide que Mons. Romero sea “el santo de todo El Salvador”. En primer lugar, porque él no la habría tolerado; y, en segundo lugar, porque habría tomado partido a favor de los empobrecidos por la insaciable avaricia del capital. Al parecer, Roma tiene más claridad sobre el ministerio episcopal del arzobispo que esas voces precipitadas que dan por hecho algo que no es más que un ideal. El cardenal Amato no tiene dudas sobre la opción de Mons. Romero por los pobres. Su fe lo llevó a defenderlos y a asumir su causa. Por lo tanto, Mons. Romero no solo no fue neutral, ni equidistante entre esas fuerzas contrapuestas por el poder y la riqueza, sino que, además, en repetidas ocasiones, pidió a la oligarquía compartir su poder y su riqueza, en “una valiente exhortación de un padre a sus hijos divididos”. Aun cuando “sus palabra no eran una provocación al odio y a la venganza”, no fueron recibidas por esos sectores ricos y poderosos. Pero ni el rechazo ni las calumnias ni los insultos ni las amenazas lograron detener al arzobispo, que no cedió en sus denuncias y reclamos y en su anuncio de la justicia del reino de Dios. No podía hacerlo porque, según palabras del cardenal, que recoge otras similares de Mons. Romero, “el cielo debe iniciar aquí en la tierra”, es decir, el reino de Dios no es una realidad postergada para después del último día, sino que comienza aquí y ahora, a partir del compartir que crea fraternidad.

Mons. Romero tampoco puede ser “símbolo de la paz”, mientras El Salvador es devastado por una guerra tan cruel y tan bestial que recuerda los momentos más sangrientos y brutales de la de 1980. Al igual que en la guerra anterior, en uno de los lados se encuentra el poder del capital y del Estado. Pero en el otro lado ya no se encuentran organizaciones revolucionarias, sino decenas de miles de jóvenes excluidos, despreciados y humillados por la sociedad. Organizados en pandillas, libran una guerra destructiva contra el sistema neoliberal, implantado y defendido por el Estado. Ambas partes libran una guerra de destrucción total, que no reconoce derechos de ninguna clase. El alto nivel de violencia de esos jóvenes evidencia su irracionalidad e inhumanidad, pero también su desesperación. Por el otro lado, la política represiva de los Gobiernos, impotentes ante la rebelión social, ha contribuido, en buena medida, a aumentar la intensidad y la extensión de la violencia, en concreto, mediante el recurso a la ejecución sumaria.

No es serio ni responsable pedir a Mons. Romero el milagro de la paz, porque su construcción es una tarea de la sociedad en su conjunto. Eso no significa, sin embargo, que las responsabilidades se repartan de manera igualitaria. La mayor responsabilidad es de quienes monopolizan el poder económico, político y social. Así, pues, no habrá intervención sobrenatural, porque ni Dios ni sus santos y mártires obvian la responsabilidad social e individual. Ahora bien, la profecía de Mons. Romero nos señala el camino para pacificar El Salvador. Al mismo tiempo que señalaba el origen de la injusticia y la muerte, llamaba incesantemente al diálogo, a la negociación y, en último término, a la conversión para evitar la guerra civil que sobrevinía sobre la sociedad salvadoreña por la obstinación de sus fuerzas sociales. Cualquier esfuerzo a favor de la pacificación eficaz del país no puede ignorar la grave degradación humana de las relaciones sociales, que ha llegado al extremo de desatar una violencia bestial.

Mons. Romero será “el santo de todo El Salvador” y “símbolo de la paz” cuando se superen la división socioeconómica y la guerra, en último término, alimentada por aquella. Hasta entonces, Mons. Romero es el profeta que señala qué camino no conduce a la reconciliación de la sociedad salvadoreña. Es como el guía beduino del desierto de la metáfora que usó al comienzo de su homilía, en el funeral del padre Alfonso Navarro, en mayo de 1977. “Cuentan que una caravana [...] desesperaba y sedienta buscaba agua en los espejismos del desierto, y el guía [beduino] les decía: ‘No por allí, por acá’. Y así varias veces, hasta que hastiada, aquella caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía que, agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: ‘No por allá, sino por acá’” (día 12). La profecía, tal como lo advirtió Ellacuría en un memorable artículo, no se agota en la negatividad, sino que, desde ella, afirma la utopía, que se avizora en el horizonte. Por lo tanto, la negación de la profecía es indispensable para avanzar con cierta seguridad hacia la utopía de la pacificación real. Solo en este sentido, Mons. Romero puede ser saludado con verdad como “símbolo de la paz”.

La reconciliación y la paz no son evidentes, porque ambas son obra de la justicia. Trabajar por la paz es luchar para erradicar la explotación del sistema neoliberal, así como también la corrupción y la mentira que la encubre. Positiva y utópicamente, trabajar por la paz es compartir la riqueza y el poder para crear la igualdad sobre la cual se asienta la sociedad fraterna, establecer empleo digno y universal por un salario justo para no forzar a la población a buscar alternativas, por lo general, destructivas, y respetar y ofrecer oportunidades reales a la juventud salvadoreña, que solo así desistirá del uso de la violencia. En definitiva, la cuestión estriba en transformar de manera radical el modelo económico neoliberal, desde el bienestar de la mayoría y no desde los intereses mezquinos y egoístas de la minoría del capital nacional y transnacional. El Gobierno, más uno que se dice de izquierda, debe hacer acopio de una buena dosis de sano naciona-

lismo para defender al pueblo de la voracidad de los capitalistas. Entonces, podrá comenzar a surgir un pueblo justo, que se pueda llamar con verdad y sano orgullo de “El Salvador” (Jon Sobrino). El pueblo de Dios con el cual Mons. Romero soñó.

En la medida en que la justicia cobre realidad, se podrá avanzar hacia la reconciliación de la sociedad. El camino es arduo y doloroso, porque habrá que hacer verdad sobre la realidad nacional. Habrá que decir la verdad sobre cómo el capital se acumula cada vez más y más rápido, al mismo tiempo que sume en la pobreza abyecta y en el abandono a la mayoría de la población salvadoreña. Habrá que hacer verdad sobre la multitud de homicidios, masacres, desapariciones, torturas, violaciones, etc., de la guerra civil, de la postguerra y de la guerra de las pandillas. Habrá que hacer verdad sobre la corrupción, la evasión de impuestos, los privilegios y las prerrogativas concedidas a las minorías para hacerlas más ricas y poderosas. Así, pues, habrá que volver a las heridas que la mentira ha negado obstinadamente con el falaz argumento de que el olvido es el mejor medio para superar el conflicto. Pero esas heridas, las antiguas y las nuevas, nunca se han cerrado, sino que permanecen abiertas y sangrantes. Solo se cerrarán cuando la verdad las sane.

Una vez establecida la verdad, la justicia se presenta como necesidad imperiosa. Habrá que establecer la inocencia de las víctimas, reparar la humillación a la que fueron sometidas y exponer la obra malevolente de los victimarios a la vergüenza y la reprobación pública. La severidad y la aspereza de la verdad y de la justicia deben ser complementadas por el perdón. El movimiento es doble. Es necesario pedir perdón y otorgar perdón, dejarse perdonar y perdonar. Pero este doble movimiento solo se puede consumir si los victimarios dan muestras de entereza, de humildad y de audacia, y si las víctimas por su lado dan muestras de intrepidez, de valentía y de generosidad. El perdón no es fácil nunca y, en algunos casos, exige incluso ceder dere-

chos legítimos, aunque sin negar la justicia. La razón es el bien mayor de la reconciliación. En esto, como en tantas otras cosas, Mons. Romero se adelantó. No solo concedió su perdón a sus victimarios, sino que, además, les deseó el bien. En efecto, anticipó a sus asesinos que “si llegan a asesinarme, desde ahora perdono y bendigo a quienes lo hagan”. Paradójicamente, la obra mala no les acarrea maldición, sino bendición, esto es, el deseo sincero de que sean agraciados por la bondad de Dios mismo. Monseñor hizo su parte, pero su perdón no está consumado. No lo estará hasta que sus asesinos tengan el valor de pedir perdón, es decir, cuando confiesen la verdad, y se dejen perdonar por su víctima.

La presencia de los representantes de la oligarquía neoliberal, de la política y del Gobierno en la beatificación no puede interpretarse como señal de reconciliación. Hay quienes han dejado de odiar a Mons. Romero e incluso se avergüenzan de ello y han pedido perdón a su modo. Pero todavía hace falta que las fuerzas sociales ahí representadas se arrepientan, se conviertan y pidan perdón, algo nada fácil, porque deben convertirse, justamente, a quienes han despojado de sus derechos y a quienes han hecho víctimas de su avaricia e inhumanidad. Aun cuando eso parezca imposible, la conversión de esas fuerzas es una contribución necesaria para asentar la reconciliación sobre fundamentos sólidos.

Así como la presencia de los representantes del poder y de la riqueza en la ceremonia de beatificación era patente, ya que les asignaron un lugar prominente, se hizo igualmente evidente, no sin cierto escándalo, la relegación del pueblo salvadoreño a la periferia, donde debió conformarse con observar el desarrollo de la ceremonia en pantallas gigantes. Lamentablemente, al pueblo no solo se le asignó un lugar periférico, sino que, además, su vida con sus angustias y esperanzas tampoco se escuchó. No se escuchó el grito que aún hoy reclama la verdad sobre decenas de miles de muertos. El grito que clama justicia

ante la impunidad, ante el modelo económico neoliberal que despoja y mata mientras unos cuantos atesoran fortunas exorbitantes. El grito desesperado de quienes no tienen más alternativa que huir del país o unirse a una pandilla. De no haber sido por las palabras del postulador de la causa, Mons. Vincenzo Paglia, al final de la ceremonia, su voz no habría encontrado eco alguno. Tal vez una rigurosa observación del ritual de la beatificación impidió que se escuchara la voz de los pobres y de las víctimas.

Otra ausencia notable fue la de aquellas personas y organizaciones que, en situaciones muy adversas, puesto que la jerarquía eclesíástica se había pronunciado claramente en contra y el poder social y político lo desaprobaba, guardaron la memoria y la palabra de Mons. Romero con devoción y agradecimiento, lo defendieron de calumnias, desprecios y olvidos, y le rezaron, le pidieron favores y le cantaron durante más de tres décadas. Entre ellas es obligado destacar a María Julia Hernández, cuya fidelidad, devoción y obstinación hizo posible la conservación de las homilias que ella, junto con otras amigas, grabaron domingo a domingo, y a Mons. Arturo Rivera, el único obispo que permaneció al lado de Mons. Romero, mientras el resto del episcopado salvadoreño no solo lo abandonó, sino que además lo desautorizó públicamente. Asimismo, llamó poderosamente la atención la ausencia de la vida religiosa femenina, tan importante para el ministerio episcopal de Mons. Romero y, en concreto, llamó mucho la atención la ausencia de las Carmelitas Misioneras de Santa Teresa, que en vida cuidaron de él con discreción y esmero, y en muerte guardaron con devoción y fidelidad su memoria. La ausencia de las Iglesias hermanas también llamó la atención no solo porque para Mons. Romero el ecumenismo tuvo gran importancia, sino también por el acercamiento del papa Francisco a esas Iglesias, a las cuales ha pedido perdón por la intolerancia del pasado y a las que ha invitado insistentemente a participar en la humanización de esta sociedad egoísta e insensible. A

estas alturas, la Iglesia salvadoreña ya debiera haberse hecho a la idea de que Mons. Romero la trasciende. El beato no es exclusividad suya.

Quizás los organizadores pretendían convertir la beatificación en la primera manifestación pública de la unidad y de la reconciliación nacional. Si esa fue la intención, era una manifestación precipitada, porque carecía de fundamento real que la avalara, e insuficiente, dadas las ausencias notables. Tal vez, sin tener plena conciencia, pretendieron quedar bien con todos. Cualquiera que haya sido el motivo, esa forma de actuar facilita que Mons. Romero se convierta en un santo inocuo y, contrario a la intención manifiesta de la Iglesia institucional, abre espacio para que fuerzas como el Gobierno o grupos ajenos a su verdadero espíritu se apropien de su figura para justificarse.

Se puede objetar, no sin alguna razón, que en la beatificación no tenía cabida una realidad tan lacerante como la salvadoreña, porque la ocasión era eminentemente festiva, ya que se centraba en la exaltación de Monseñor. A esa objeción se puede responder que la dimensión festiva no excluye el sufrimiento, derivado de una situación injusta y violenta. Mucho menos cuando se exalta a un mártir para quien “Una Iglesia que no se une a los pobres para denunciar, desde los pobres, las injusticias que con ellos se cometen no es verdadera Iglesia de Jesucristo”, porque “los pobres han marcado [...] el verdadero caminar de la Iglesia” (17 de febrero de 1980). Además, el pueblo festeja con auténtico gozo la vida y sus bondades sin olvidar sus sufrimientos. Los pobres y su clamor debieron haber estado presentes en la exaltación de un beato a quien el papa Francisco, en su Carta apostólica, llama “obispo y mártir [...] y padre de los pobres, testigo heroico del Reino de Dios, Reino de justicia, de fraternidad y de paz”.

La fidelidad al espíritu de Mons. Romero pedía una ceremonia de beatificación que interpelara a la sociedad salvadoreña, incluso

que provocara crisis porque, tal como él decía, “una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no levanta roncha —como decimos vulgarmente—, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ese?” (16 de abril de 1978). Ciertamente, muchos deseaban que se limitara a predicar “consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie”. Pero “aquellos predicadores que por no molestarse, por no tener conflictos y dificultades, evitan toda cosa espinosa no iluminan la realidad en que se vive, no tienen el valor de Pedro de decirle a aquella turba, donde están todavía las manos manchadas de sangre [...] ‘¡Ustedes lo mataron!’”. No hay escapatoria, el predicador está llamado a proclamar un “Evangelio valiente [porque esa] es la buena nueva del que vino a quitar los pecados del mundo” (16 de abril de 1978).

La postergación del pueblo salvadoreño y su clamor no impidieron que este aclamara al Mons. Romero de siempre, a su querido monseñor, el que lo defendió con su propia vida, el que le señaló sus desvaríos y lo llamó a corregirse, y el que le dio dignidad y le abrió la esperanza. Así su profecía se cumplió plenamente, “el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento” (30 de octubre de 1977). Para su querido pueblo salvadoreño, la beatificación fue una reivindicación de su identidad y de sus anhelos más queridos, así como también una fiesta de auténtica alegría pascual. Ahí, en medio de su pueblo, Mons. Romero, mártir y beato, se dejó ver; y así, ha resucitado para siempre. La gozosa celebración popular otorgó su verdadero sentido al título con el cual el papa Francisco saludó a Mons. Romero, “padre de los pobres”.

El martirio de Mons. Romero solo será, según el deseo del cardenal Amato, “una bendición para El Salvador [...] para los pobres, pero también para los ricos”, ya que en él todos encontrarán “serenidad, gozo y felicidad”, cuando se haya hecho verdad,

cuando se haya administrado justicia y cuando se haya pedido y se haya dado perdón. Entonces, Mons. Romero dejará de ser piedra de tropiezo y de escándalo, porque habrá

pasado a ser la roca sobre la cual se levanta un El Salvador reconciliado con su pasado y su presente, y abierto al futuro del reino de Dios.